

Una mirada al siglo veinte

Entrevista con Pedro Laín Entralgo

Carlos Alfieri

Pedro Laín Entralgo es uno de los pocos intelectuales españoles cuya polifacética vida coincide, casi en su totalidad, con la del siglo XX. Como tal, es un testigo privilegiado para intentar hacer un balance y reflexionar sobre su tiempo. Nacido en 1908, graduado en medicina, su actividad se orientó básicamente hacia dos centros de interés: la historia y la medicina, especialidad de la que fue catedrático en la Universidad de Madrid y sobre la que escribió numerosos trabajos –*La historia clínica* (1959); *Introducción histórica al estudio de la patología psicosomática* (1950); *Historia de la medicina moderna y contemporánea* (1954); *La relación médico-enfermo, historia y teoría* (1964), entre otros–, y la antropología filosófica, terreno en el que incursionó con libros como *La espera y la esperanza* (1957); *La empresa de ser hombre* (1958); *Teoría y realidad del otro* (1961) o *Antropología de la esperanza* (1978).

Entre 1951 y 1956 fue rector de la Universidad de Madrid, y entre 1982 y 1987 director de la Real Academia Española, institución en la que había ingresado en 1953. Cabe mencionar, además, que fue el primer director de *Cuadernos Hispanoamericanos*, cuando la aparición de esta revista, en enero de 1948.

– *¿Cuál es, para usted, el rasgo esencial que caracteriza a esta centuria ya a punto de terminar?*

– El rasgo principal, a mi juicio, es la permanencia de la vida en crisis. A comienzos del siglo XX, primero en una minoría, pero después de la Primera Guerra Mundial en sectores cada vez más vastos, se fue extendiendo la conciencia de que el mundo moderno en su parte final, el mundo burgués, había entrado en crisis. La conciencia de esa crisis fue expresada de diversas maneras a lo largo de todo el siglo; por eso, y porque pese a todo lo que se diga, no hemos salido de la crisis sino que se ha convertido en una forma de vida permanente, creo que es el rasgo fundamental de nuestro tiempo.

Fueron las mentes más sutiles, las más sensibles de finales del siglo XIX y comienzos del XX –Nietzsche, Unamuno– las que percibieron primero

este fenómeno. Algunos pensadores, como el alemán Scheler o el español Ortega, plenamente conscientes de la crisis, creyeron que era posible salir de ella e intentaron incluso trazar caminos en esa dirección, pero el optimismo general que floreció en la tercera década de este siglo no fue corroborado por la historia.

– *¿Se trata de una crisis que abarca todos los campos?*

– Por supuesto: la política, la moral, la cultura, la economía, la sociedad...

– *Este siglo ha sido pródigo en grandes convulsiones políticas, sociales, artísticas, económicas y, naturalmente, militares: hubo dos tremendas guerras mundiales. Uno de los acontecimientos más importantes fue el triunfo de la revolución rusa en 1917 y sus secuelas, el nacimiento de la Unión Soviética, el posterior establecimiento de regímenes socialistas en Europa del Este, en China, en Cuba, en algunos otros países asiáticos. A partir de los años 50 se configuró un mundo bipolar, en el que se enfrentaban el bloque capitalista y el comunista. Este último se derrumbó como un castillo de naipes a finales de la década del 80 y principios de la del 90, ante el asombro de la mayor parte de los analistas políticos, que no había previsto en absoluto ese desenlace. ¿Qué reflexión le suscita el nacimiento y caída de los regímenes llamados comunistas?*

– La implantación del sistema socialista generó una enorme esperanza en muchos hombres, esperanza que al mismo tiempo llegó a ser norma de acción en tantos países, que formaban casi la mitad del planeta, pero sin duda se mostró insuficiente para resolver la conciencia de vivir en crisis en la que el hombre estaba instalado. Después de terminada la Segunda Guerra Mundial, eliminado por completo uno de los protagonistas de este siglo, el totalitarismo nazi, quedaron dos grandes potencias: la occidental, representada por Estados Unidos, y la comunista, encabezada por la Unión Soviética. Transcurrieron así 45 años de guerra fría, que demostraron que ninguno de los dos bloques podía mantenerse indefinidamente en esas condiciones, pero sobre todo uno de ellos: el soviético. La prueba es que los acontecimientos que determinaron la caída del totalitarismo soviético se engendraron en su propio seno. Existía una profunda insatisfacción dentro mismo de su sociedad, en la conciencia de la mayoría de los hombres que vivían bajo ese sistema que se dio en llamar socialismo real, y creo que éste fue el factor fundamental del derrumbe del bloque comunista. Occidente resultó vencedor casi sin luchar. Pero todas estas circunstancias constituyen

para mí un ejemplo más de lo que enuncié como punto de partida: que la conciencia de crisis del mundo moderno en su etapa final burguesa no ha desaparecido, continúa vigente.

– *¿Cuál cree que fue el principal ingrediente de esa insatisfacción?*

– Pienso que la afirmación de la libertad como momento constitutivo esencial de la vida humana, y su insatisfacción bajo ese sistema, se hicieron sordamente patentes en millones de conciencias, lo que fue restando fuerza popular al bloque comunista. De modo que fue un triunfo de la libertad desde dentro de la vivencia de la falta de ella, desde su reivindicación como nota esencial de la existencia de los hombres.

– *Tras la caída del muro de Berlín se aceleró la globalización o mundialización del capitalismo y el auge del ultraliberalismo, que tuvo como abanderada a Margaret Thatcher. Esquemáticamente, se podría decir que hoy se registra un fortalecimiento y hasta endiosamiento del Mercado en detrimento del Estado. ¿Qué rumbo le parece que tomará este proceso?*

– No lo sé, pero hablando por mí, creo que el ultraliberalismo no puede satisfacer ni medianamente la conciencia de vivir en crisis, pese al éxito económico que pueda tener localmente, en determinados países y en determinados sectores sociales. Las desigualdades originadas en factores económicos no han hecho más que aumentar en el mundo: los pobres son más pobres; los ricos son más ricos. Los países ricos se han impuesto más rotundamente a los países pobres, lo cual se trata de disimular con ciertas ayudas humanitarias, pero ya vemos todos que eso no es suficiente. De manera que no sé qué puede suceder; quizás la idea del nuevo siglo traerá una actitud mental diferente, como ocurrió con la conciencia burguesa en el siglo XIX. En todo caso, lo deseo, aunque no sé si conoceré el siglo XXI; espero que sí, porque es mañana mismo, y mañana cumpliré 92 años...

Lo cierto es que lo que vino después de la descomposición del bloque soviético, esta arrolladora globalización del capitalismo, ha defraudado las ilusiones de quienes esperábamos que el mundo entrara verdaderamente en una nueva etapa de su historia. Una desilusión más, como la que sufrieron Max Scheler y José Ortega y Gasset, dos testigos europeos de primera fila, en los años 20. Al término de la Primera Guerra Mundial, ellos creyeron que comenzaría un nuevo ciclo histórico en el que todo, desde el arte hasta el pensamiento, pasando por la vida social en general, sería mejor que antes. Esa esperanza fue quebrada sucesivamente por varios acontecimien-

tos conmocionantes: el *crack* de 1929 en el orden económico; el resurgimiento de los totalitarismos; la Segunda Guerra Mundial, tan atroz, con el posterior descubrimiento de los campos de concentración y de exterminio que estaban en la entraña de uno de los bandos; la Guerra Fría, con casi medio siglo de indecisión durante el cual, ¿qué se podía esperar?

– *Habría que agregar a esa lista la bomba atómica.*

– Claro, claro. Y lo grave es que la bomba atómica poco a poco la va poseyendo medio mundo, y alguno puede decidirse a usarla.

– *Otro de los grandes fenómenos políticos del siglo XX se dibujó en torno del ascenso y posterior derrota del nazismo y el fascismo. ¿Cómo caracterizaría el papel que cumplieron estos totalitarismos en la historia contemporánea?*

– El nazismo fue un fenómeno fundamentalmente alemán, lo que implicaba su limitación y su conversión en un dogma que podía conducir, y condujo, a la guerra y los campos de exterminio. Evidentemente, el nazismo sólo puede causar repulsión, pura y simplemente, en cualquier hombre honesto. En cuanto al fascismo italiano, ofrecía como modelo un nacionalismo con ciertos elementos de socialización, y por su propia naturaleza tenía que ser extremado y terminar en lo que terminó.

La influencia del totalitarismo nazifascista no puede llamarse más que nefasta. Naturalmente, la del nazismo fue mayor, por la magnitud del poderío de Alemania y por el fanatismo casi religioso que generaba. En una oportunidad tuve ocasión de asistir, en Hamburgo, a un desfile del nacional-socialismo: era un espectáculo impresionante, parecía una procesión laica. El nazismo llevaba implícita una concepción extensiva y dominadora, nacionalista y racista. El fascismo se dio en un país menor, y se centró más en un discurso nacionalista que pretendía combinarse con una mayor atención a la justicia social. En fin, creo que la desaparición de este totalitarismo parece definitiva, mientras que la del soviético no lo es del todo, porque subsisten regímenes que de alguna manera lo heredan, como los de China o Corea del Norte.

– *¿Piensa que el franquismo fue heredero del fascismo italiano, o más bien un producto específico de la historia española?*

– El franquismo fue una consecuencia inmediata de una guerra civil a muerte en la cual uno de los bandos triunfó de manera absoluta. Pero el

mantenimiento del régimen franquista, sobre todo después de la victoria del mundo liberal en la Segunda Guerra Mundial, lo obligó a una serie de adaptaciones a la realidad internacional. Al fin y al cabo, España vivía porque detrás estaban potencias como Estados Unidos. Esto implicó la adopción de ciertas reformas internas que no procedían de razones ideológicas, sino de las conveniencias oportunistas de un triunfador absoluto, que podía hacer lo que quisiera en el orden interno porque nadie le iba a pedir cuentas. La Falange sí fue un germen de totalitarismo fascista a la española, pero no pasó de ahí, puesto que fracasó durante la Guerra Civil. Tras ella, no fue más que un añadido a los vencedores, y puedo decirlo por experiencia personal.

– *Usted, como otros intelectuales –Dionisio Ridruejo, Antonio Tovar– se adhirió de joven a la Falange. ¿Creía ver en esta formación una fuerza revolucionaria?*

– La verdad es que sí, pero el hecho de que faltase su fundador y animador, José Antonio Primo de Rivera, motivó que la Falange cayese en manos de segundones como Raimundo Fernández Cuesta y tantos otros, que para vivir se entregaron totalmente al régimen. Los que mandaban no eran ellos; el que mandaba era Franco, a quien también se entregó totalmente el ejército triunfador.

– *¿Se desilusionó pronto de la Falange?*

– Debo contestarle con sinceridad y con verdad: yo me desilusioné al término de la Guerra Civil, en cuanto fui testigo de los abusos inmediatos de los vencedores, que se aprovecharon desmesuradamente de su condición de tales. Íntimamente ya estaba despegado de la Falange y de las esperanzas que había depositado en ella, evidentemente infundadas. Ahora bien, no soy político ni he aceptado serlo en la medida en que he podido. Viví esa crisis de una manera personal; esa conciencia de fracaso la tenía yo en cuanto finalizó la Guerra Civil, incluso mi amistad con Dionisio Ridruejo influyó mucho en mi visión de las cosas. Tuve una amistad muy íntima, muy cordial con Dionisio; cuando él volvió de combatir en Rusia con la División Azul y escribió la famosa carta a Franco (creo que en 1942), puedo decir que mi desilusión ya era completa. En 1956, a causa de los sucesos universitarios, abandoné el rectorado de la Universidad de Madrid y rompí totalmente con el régimen, en función de una actitud de insatisfacción interna.

– *¿Cómo había accedido al cargo de rector de la Universidad de Madrid?*

– En el verano de 1951 me llamó por teléfono mi amigo Joaquín Ruiz Giménez, entonces embajador de España ante la Santa Sede, para citarme en una casa de la calle Hermosilla. Me dijo que Franco lo quería hacer ministro de Educación, y agregó: «Pedro, yo quiero contar contigo y quiero que seas mi subsecretario; tus méritos son superiores a los míos para ser ministro, con lo cual seríamos ministros los dos.» Me costó resistirme, pero salí de allí rechazando el ofrecimiento y convencido de que había resuelto el trance. A los pocos días me volvió a llamar y volvió a la carga: «No insistiré en lo que te ofrecí antes, te voy a pedir otra cosa: que seas rector de la Universidad de Madrid. Eso está dentro de tu carrera universitaria, no puedes negarte.» Me insistió tanto que al fin acepté, pero le advertí que yo le traería problemas, porque mis ideas acerca de lo que debía ser la Universidad y del carácter que debían tener las relaciones entre la Iglesia y el Estado no estaban de acuerdo con las imperantes. Efectivamente, un mes después, en octubre, le escribí una carta para dimitir, cosa que Ruiz Giménez rechazó, por la controversia que habían provocado unas palabras mías, pronunciadas casi en tono de broma en una reunión nacional de rectores, proponiendo la eliminación de las asignaturas Formación Política y Formación Religiosa. Mis palabras llegaron a oídos del cardenal Segura, quien me condenó públicamente. Esa era mi actitud íntima al entrar en el rectorado, y, por supuesto, al salir.

– *La medicina es una de las ciencias que ha experimentado transformaciones más espectaculares en este siglo. Usted, como especialista en su historia, ¿cuáles destacaría como más significativas?*

– En primer lugar, la revolución en el tratamiento de las enfermedades infecciosas consecutiva a la fundación de la bacteriología y a los hallazgos de Pasteur y de Koch a finales del siglo XIX. Segundo, la penetración de la biología molecular en la teoría de la medicina y su influencia en el campo de la inmunología, que tiene relación con lo anterior. Luego, los avances técnicos, principalmente quirúrgicos, los trasplantes de órganos. Pero al mismo tiempo, se ha dado otra transformación extraordinaria: poco a poco, el médico fue descubriendo que el modo de entender al enfermo propio de esa medicina que ha conocido avances tan fabulosos es deficiente, y surge la apetencia de un enfoque con fundamento teórico de la relación médico-enfermo. Este nuevo enfoque debe considerar al enfermo en

su condición de hombre, y por lo tanto, de persona, y cuenta con distintos aspectos, uno de los cuales es el psicoanalítico. El proceso de cambio en la actitud del médico respecto del enfermo promueve una serie de líneas de desarrollo y de reorientaciones que podrían resumirse bajo el denominador común de personalización de la medicina. El enfermo debe ser considerado antes que nada como una persona que sufre el accidente llamado enfermedad.

– *Además de la historia de la medicina, usted ha centrado su reflexión en temas de antropología filosófica, que ha abordado en numerosos libros...*

– Yo no diría que he abordado la antropología filosófica; sólo reconozco que lo que tiene de preocupación filosófica mi obra intelectual se dirige a la realidad del hombre y su vida.

– *Algunas corrientes de pensamiento fueron hegemónicas a lo largo del siglo XX y ejercieron una enorme influencia, como el positivismo lógico, el marxismo, el existencialismo, en sus vertientes atea y cristiana, y la fenomenología. ¿Cómo valora éstas u otras tendencias filosóficas y cuáles cree que han dejado huellas más profundas?*

– No soy filósofo: he buscado fundamentos de mi saber y de mis posibilidades en lecturas filosóficas. Aclarado esto, debo decir que considero la fenomenología como la corriente de pensamiento que más profunda y vasta influencia ha tenido en la filosofía de este siglo, y a Husserl el filósofo más importante, tanto por su obra personal, que es inmensa –todavía no ha sido publicada en su integridad– como por el eco fecundo y movilizador que su actitud filosófica ha tenido en otros pensadores. Entre ellos, los que para mí han sido más próximos: Ortega, Heidegger y Zubiri. Los tres parten de Husserl y de la fenomenología, y elaboran luego genialmente su propio pensamiento.

– *Las preocupaciones estéticas nunca le han sido ajenas. ¿Qué quedará, en su opinión, de las vanguardias artísticas que convulsionaron este siglo?*

– Me he interesado bastante por la pintura. Pienso que el hecho fundamental que distingue a la pintura del siglo XX consiste en que prescindió del tema, desde el comienzo, con dos orientaciones diferentes: una más colorista y la otra más intelectualista. Entonces se comienza a pintar sin referente objetivo, ni histórico, ni natural, y se lo sustituye por componen-

tes parciales de la misma pintura: la forma, el color. Por supuesto, siempre existió en los artistas la noción de estructura, pero con Kandinsky y Mondrian se llega a la elaboración de una pintura que es reducida a estructura básica, a experiencia visual. Pues eso se ha dado en nuestro siglo.

– *¿Quedará la abstracción, entonces?*

– Me parece que es un hallazgo muy importante pero parcial. Y aunque se ha desarrollado plenamente en esta centuria, tiene antecedentes teóricos remotos. En ese sentido, podemos considerar a Platón como el patriarca de la pintura abstracta. En uno de sus diálogos de la vejez, revisa el desprecio olímpico que había tenido por lo sensible, y por lo tanto por el cuerpo (la distinción entre placeres puros e impuros: los puros son los que le llegan al hombre través del alma, de la mente; los impuros los que le llegan a través del cuerpo), y admite que puede haber placeres puros que entren a través de los sentidos, del cuerpo, a condición de que el hombre, el artista, reduzca los datos sensoriales inmediatos a abstracciones intelectuales.

Por otra parte, está el descubrimiento del valor del color como color en sí, que está inscripto en la línea de la psicología del siglo XX, que ha investigado mucho sobre los colores y las emociones que producen, como tales, en los hombres. Estas dos novedades revolucionarias de la pintura del siglo que acaba, a las que habría que agregar otras actitudes estéticas, como el surrealismo, no pueden perderse. De alguna manera son aportes que perdurarán, pero creo que se tenderá, en el futuro, a visiones más integradoras de los hallazgos particulares.

– *La Guerra Civil española ha sido otro de los grandes acontecimientos del siglo. ¿Qué conclusión sacarías hoy de ella?*

– Varias. Por ejemplo, que debe obligarnos a una revisión a fondo del nacionalismo; España no lo ha hecho por sí sola, intenta hacerlo pero no lo ha hecho. También nos enseña a qué pueden conducir las ideologías cuando se encarnan: pueden conducir a creencias fanáticas, a una guerra civil con terribles actos de crueldad por ambas partes. Los frutos políticos de la Guerra Civil, si ha de tenerlos, deben moverse en dos líneas: la noción del Estado como Estado de las autonomías, y la admisión de la existencia y de la razón de ser del discrepante, la convivencia con él. Se ha avanzado mucho en estos dos temas gracias a la vía que abrió la transición, pero a mi juicio, no están todavía totalmente resueltos; basta con leer los periódicos de cada mañana para comprobarlo.

– *En la segunda mitad de este siglo, sobre todo, España ha cambiado radicalmente su fisonomía. ¿Cómo evalúa este cambio, usted, que escribió un libro titulado España como problema? ¿Seguiría planteando así la realidad de este país?*

– Sí, sí, sin duda España ha cambiado radicalmente, en términos que una persona de mi edad, incluso más joven, consideraría imposibles. Por ejemplo, que España tenga hoy una de las tasas de natalidad más bajas del mundo. Si hace 25 años nos hubiesen dicho que eso iba a suceder, no lo habríamos creído.

En cuanto a si es posible plantearse hoy España como problema, diría que para los que aspiramos a pensar más allá de la superficie de las cosas, sí. Yo he dicho y escrito que España ha tenido a lo largo del siglo XIX, cuando se constituyó según su realidad actual, tres problemas: uno ideológico, la convivencia entre quienes profesan creencias diferentes; otro socioeconómico, las grandes diferencias entre ricos y pobres; y el tercero, que enlaza con los otros, la diversidad interna, básicamente, las distintas nacionalidades.

Si analizamos ahora, al terminar el siglo XX, cuál es el estado de esos problemas, constataremos que los dos primeros no se han resuelto enteramente, pero se han dado pasos muy importantes hacia su superación. En la España de hoy nadie piensa en matarse por una idea religiosa o antirreligiosa; eso ya está sobrepasado. Las diferencias entre ricos y pobres subsisten, lógicamente, pero no tienen, de ningún modo, la magnitud abismal típica del pasado, y además se registran avances muy considerables en el campo económico-social, como que los sindicatos y el gobierno se sienten a la misma mesa para discutir la solución de un problema concreto. El problema de la diversidad interna la Constitución lo ha visto y le ha puesto nombre a su solución: Estado de las autonomías. España es una y diversa; que es diversa es una realidad que sería estúpido desconocer, pero en cuanto a que es una, aquí viene el problema: ¿En qué consiste esa unidad de España? Eso no está resuelto.

– *Usted ha sido director de la Real Academia Española. ¿Cómo ve el desarrollo de la lengua castellana en este siglo?*

– Encuentro aspectos muy positivos, muy favorables. Si uno piensa en la prosa de los autores de artículos publicados por la prensa diaria, comprueba que se ha producido un cierto progreso en el nivel medio del cultivo de la lengua por parte de esos profesionales. Pero la cosa cambia cuando se examina la lengua empleada por parte de todos, incluidos esos profesiona-

les, en la vida cotidiana: en este caso el descuido es alarmante. Existen estilistas en el sentido estricto de la palabra, como Cela o Umbral, pero ellos mismos, a veces, escriben en ciertos medios textos que para mí, por lo menos, no son de recibo. Creo que una de las razones del descuido tan grande que se observa en España radica en una cierta concepción de que preocuparse por el idioma que se emplea trasunta una falta de hombría, por así decirlo, y entonces hay que usar tacos y palabras malsonantes porque parece que así se es más «viril».

Tengo la sensación de que en algunos países americanos, como Colombia o Argentina, se tiene más conciencia lingüística y mayor preocupación por el idioma que se habla y escribe. No en vano cuentan con tan grandes escritores. Borges, por ejemplo, es un escritor inmenso. Pero no soy pesimista, en absoluto, acerca del futuro de nuestro idioma. En primer lugar, por el hecho histórico-social de la expansión del área de los hispanohablantes, y en segundo, porque tanto los escritores de América como los de España tienen conciencia de que hay buen y mal castellano, y procuran desechar, en la medida de sus posibilidades, este último.

– *«Muerte de Dios» y «Fin de la Historia» son algunos de los lemas que pretenden definir esta época. ¿Qué piensa al respecto?*

– Pienso que son dos enormes falsedades. Se habla de la muerte de Dios, pero Dios ahí está; creeremos o no en él, pero aun no creyendo contamos con su existencia. «Dios ha muerto» es la tesis de Nietzsche, pero me parece que el mundo no la confirma, y la prueba es que el propagandista de este supremo hallazgo es uno que va temeroso a las iglesias. Lo del Fin de la Historia es una necedad más o menos ingeniosa. El hombre nació histórico; el *homo habilis*, hace tres millones de años, era histórico, y desde entonces viene desarrollándose la especie hasta tal extremo que Ortega, Dilthey y otros dicen que el hombre no tiene naturaleza sino historia. Discrepo: el hombre tiene naturaleza, pero esta naturaleza es intrínsecamente histórica.

Volviendo al tema de la muerte de Dios, creo que lo que ha cambiado de manera extraordinaria es la vigencia social de la idea de Dios; la conciencia de la autonomía del hombre respecto de su propia vida y de las decisiones que toma ha crecido enormemente. Lo que hay a menudo no es muerte, sino ocultamiento de Dios.

– *¿Qué ha pasado con el cristianismo, o, más restringidamente, con el catolicismo en el siglo XX?*

– Que no ha resuelto los problemas que el hombre, históricamente, ha vivido desde que el cristianismo surgió. No los ha resuelto de manera íntegra y satisfactoria. El cristianismo no tiene por qué adscribirse a ninguna doctrina particular de carácter filosófico o científico: lo que tiene que hacer es examinar de qué manera éstas son conciliables con lo que, como cristiano, creo, y eso no lo ha hecho. Inicialmente lo hizo, al incorporar la filosofía griega; también incorporó, y ahí está el Código Canónico como muestra, el derecho romano; pero la tercera gran novedad en la historia de Occidente ha sido la ciencia, el pensamiento racional y el atenuamiento del hombre a las consecuencias de ese pensamiento, por lo tanto, el descubrimiento de la autonomía del ser humano como tal; eso el cristianismo no lo ha digerido. Algunos de los movimientos que se dan dentro de la propia Iglesia no se explicarían sin tener en cuenta la no digestión de este hecho. El cristianismo ha olvidado o ha querido desconocer que en el *Libro de Job* aparece la independencia del hombre respecto de todo lo que no sea las decisiones personales acerca de su propia vida. La diferencia radica en eso, en que un israelita como es Job le dice a Dios: «¿Por qué padezco esto?» Se trata de la inquietud por el problema del mal en la Historia, del dolor y de la muerte. Dentro del cristianismo hay hoy personas que se lo plantean: ahora bien, pienso que no es posible resolverlo racionalmente. La resolución es creída o no, es decir, nos metemos en el dominio de la creencia.

– *¿Cuál cree que ha sido el cambio más notable que aportó el siglo XX en el terreno de la vida cotidiana, en lo social, en las costumbres?*

– Uno de los rasgos básicos del cambio de la vida a lo largo de este siglo, no el único pero quizás el más esencial, es algo a lo que me referí antes y que se había iniciado con el mundo moderno: el crecimiento realmente fabuloso, en ocasiones incluso desmesurado, de la conciencia del derecho del hombre a decidir su propia vida en todos los aspectos.

– *¿Deja alguna enseñanza fundamental el siglo que ahora acaba, si es que deja alguna?*

– Creo que deja dos grandes satisfacciones con respecto a la condición humana: una, lo que consigue; la otra, lo que no consigue.

